

Analytica del Sur

Psicoanálisis y Crítica

Ensayo sobre Beckett

Adriano Duarte · Thursday, June 29th, 2017

Rodear el silencio: siete meditaciones en torno a la literatura de la despalabra

I

Uno de los documentos esenciales para comprender la poética de Beckett lo constituye la célebre *Carta Alemana*^[i]. Dicha misiva, fechada el 9 de julio de 1937 y redactada en idioma alemán, tenía como destinatario a Axel Kaun, un camarada que el escritor conoció un año antes durante sus viajes por Alemania. En esa carta, Beckett fundamenta su estética en una doble operación:

1. un ejercicio de “abuso del lenguaje”;
2. un ensayo de disolución de “la superficie de la palabra” en el silencio o la nada.

Pero esta doble maniobra parecería entrañar una paradoja: ¿cómo es posible arribar a la disolución de la superficie de la palabra? O, expresado de otro modo: ¿cómo es posible alcanzar el silencio o la nada mediante el abuso del lenguaje? En primera instancia, la paradoja de nombrar el silencio mediante el lenguaje se manifiesta como un límite más allá del cual parece no haber solución lógica. Sin embargo, Beckett no queda petrificado frente a la aporía. Al contrario, descubre en ella una herramienta con la que desplegar su oficio. Beckett se propone hacer patente la paradoja, *decirla* con palabras: *despalabrar* la literatura. De allí que, con singular lucidez, bautice a su poética con el título de *literature of the unword* [literatura de la despalabra].

II

El “abuso del lenguaje” que se propone Beckett opera de la misma manera que el nominalismo medieval: aspira a atacar los fundamentos del lenguaje (“un asalto a las palabras en nombre de la belleza”). La paradoja de este procedimiento es que se vale del propio lenguaje para conseguir ese propósito (el “propósito más elevado” al que pueda aspirar un escritor). Ahora bien, desde el momento en que Beckett intenta expresar por medio del lenguaje un sentido contrario al lenguaje (“aquello que acecha detrás, sea algo o sea nada”) la paradoja se convierte en ironía^[ii]. Y esa disonancia^[iii], que en principio despierta tensión e inquietud, acaba por estimular también una pasión inversa a la gravedad trágica: aviva en el lector el humor satírico sin perder nunca el tono desconcertante.

III

La paradoja que anida en el corazón de la poética beckettiana surge de un elemento que se vuelve sobre sí como un bucle: es el resultado de la disonancia entre *uso de la palabra* para nombrar lo innombrable y la *reflexión sobre la posibilidad de la palabra* de nombrar lo innombrable. Esta operación no es otra cosa que una reflexión sobre el lenguaje: un ejercicio metalingüístico. Dicho ejercicio –entendido como proceso autorreferencial o bucle del lenguaje sobre sí– define la literatura de la despalabra como un patrón isomórfico que opera sobre tres planos:

1. la literatura de la despalabra en tanto reflexión sobre *el género*;
2. la literatura de la despalabra en tanto reflexión sobre *las convenciones literarias*;
3. la literatura de la despalabra en tanto reflexión sobre *el lenguaje*.

IV

La meta última de la literatura de la despalabra implica una reflexión sobre los fundamentos de la literatura en cuanto género. A ello apuntan, de un modo más que evidente, las meditaciones de Beckett acerca de la música y la pintura en la *Carta Alemana*, y el deseo tan vehemente que él expresaba allí de introducir el silencio en la literatura a la manera en que Beethoven consigue que el silencio *suene* en su Séptima Sinfonía. Su reflexión sobre el género literario se traduce en una exploración en otros territorios ajenos a la narrativa: el teatro, el cine y la televisión. Tres obras se pueden señalar como ejemplos radicales de este ejercicio metalingüístico: la pieza teatral *Acte sans paroles* (1957); el libreto para la película *Film* (1964), dirigida por Alan Schneider y protagonizada por el comediante de cine mudo Buster Keaton; y la obra para televisión *Quad* (1981), consistente en una coreografía para cuatro bailarines. En efecto, si se considera que la característica primordial de *Acte sans paroles*, *Film* y *Quad* es su naturaleza de texto para la representación, en todas ellas se verifica un mismo fenómeno: la prosa literaria queda reducida a mero texto secundario^[iv] o acotaciones para la puesta en escena. Así, de manera paradójica, las palabras callan: no hacen otra cosa que indicar o enumerar instrucciones para la acción.

V

En concordancia con la exploración sobre el género, la literatura de la despalabra entraña además un replanteo de las reglas que articulan el texto narrativo. En efecto, la prosa de Beckett constituye una constante reflexión sobre dos elementos fundamentales de la narrativa: el *narrador* o la voz que compone el discurso narrativo, y la *historia* o el contenido de dicho discurso. De este modo, la prosa beckettiana construye un narrador autoconsciente de su propia naturaleza, a tal punto, que se pliega sobre sí mismo para convertirse en objeto de su narración. Como consecuencia, la narración se despoja de lo narrativo y se vuelve una especulación incesante sobre la voz del narrador. A su vez, el narrador, enroscado en el círculo vicioso de la reflexión sobre sí mismo, se volatiliza en un coro en el que las voces se repiten unas a otras de manera agobiante como ecos que no conocen origen ni reconocen un dueño.

VI

El fin último de la literatura de la despalabra es el silencio. Pero esa meta entraña de antemano una imposibilidad o una derrota, puesto que el silencio es ausencia de palabras. Entonces, ¿cómo es que la literatura, cuya materia prima son las palabras, puede entonces nombrar el silencio? Este planteo es similar al que se realizan ciertos teólogos de la Edad Media respecto de Dios: ¿cómo nombrar a un ser para el que las palabras no alcanzan? Uno de los más célebres, precursor del misticismo

cristiano, Pseudo-Dionisio Areopagita[v] sostuvo que uno de los accesos a la divinidad era posible mediante la negación de todos aquellos atributos que no conciben con la naturaleza de Dios. Llamó a este procedimiento *Teología Negativa o Apofática*. Si se reemplaza el término *Dios* por el de *silencio*, se descubre que la literatura de la despalabra y la teología negativa despliegan un mecanismo similar. Es decir, la literatura de la despalabra constituye la aspiración de mencionar el silencio mediante palabras. Pero, como la literatura no se compone de otra cosa que de palabras –que son lo opuesto al silencio–, la literatura de la despalabra opera en consecuencia como *una literatura apofática*: rodea el silencio diciendo todo lo que el silencio no es. De este modo, la literatura de la despalabra consigue que *el silencio se manifieste sin ser nombrado*.

VII

La estética de Beckett se define con la articulación de la *literatura de la despalabra*. Es decir, la elaboración de textos en los que las palabras –materia prima de la literatura– se emplean como herramientas para que el silencio se haga manifiesto. Del mismo modo que la Séptima Sinfonía hace *sonar* el silencio, o que la teología negativa *muestra* a Dios por lo que no es, la literatura de la despalabra *hace presente* el silencio por medio de las palabras. Mediante este procedimiento, se recorta una silueta que, como en un raptó místico, manifiesta de golpe lo que las palabras callan a fuerza de decir demasiado.

This entry was posted on Thursday, June 29th, 2017 at 5:40 pm and is filed under [6](#), [Plus](#)
You can follow any responses to this entry through the [Comments \(RSS\)](#) feed. Responses are currently closed, but you can [trackback](#) from your own site.